

NOSTALGIA



Seudónimo: Quijosan

En cierta ocasión acompañé a mi padre a Fermoselle a buscar a la abuela para traerla vivir con nosotros a Zamora ciudad, pues era ya muy mayor para estar sola. Recuerdo que era en tiempo de vendimia, porque por el camino vimos cuadrillas de vendimiadores afanándose, por las escalonadas viñas, en la recogida de la uva, que luego depositaban en grandes cestos, para ser acarreados a lomos de enormes mulas a las bodegas.

El campo lucía los colores de tonos cálidos propios de esta estación: ocre, verde oliva, naranja o limón. Un intenso olor a uva prensada, -procedente de las distintas bodegas repartidas a lo largo y ancho del pueblo, donde los vitivinicultores realizaban las primeras labores de elaboración de vino -se extendía por las empinadas, estrechas y sinuosas calles de esta hermosa y pintoresca villa, situada en las estribaciones de los Arribes del Duero.

Llegamos a eso de las doce del mediodía. La puerta estaba abierta, pero la abuela no se encontraba en casa. Un fuerte olor a melones maduros infectaba toda la casa. De modo que nos deshicimos de los más pasados. Cuando terminamos, preguntamos a uno de los “Gaticas” que estaba apoyado sobre la pared de la casa frente a la de la abuela.

Este Gatica, hombre afable y campechano, con su boina calada, el pitillo entre los labios y la mano apoyada en la cayada, contestó después de que cesara su ataque de tos, ¡Que no había de verla! Y dos veces, primero en la misa y después con la cabra, por Santa Colomba. Que le preguntó a dónde iba. Y ella: Que a Vallongo; pero que antes pasaría por la Cicutina, aunque mucho me temo- añadió-, que iba a ser ir por ir, que en esta época del año era raro encontrar pasto para su Nicolasa.

- ¡Y lo que yo le dije!:- que ¡a qué ton! ir a la Cicutina, que fuera directa a Vallongo, que se ahorraría tiempo. Y ella que no, que iría primero a la Cicutina, que

tiempo es lo que sobra y que piernas también. Que ella sabe de sobra lo que se hace. Que ya está harta de que todos le digan lo que tiene que hacer; que ni que fuera una cría. ¡No te amuela! Eso me dijo. Dio media vuelta, cogió la cabra y marchó refunfuñando.

- ¡Así que, ya te digo, Carlos! Que tu madre es muy modorra, que no hace caso de nadie; que siempre anda por esos riscos con la cabra y ¡que no vale que le digas! Así que tú verás qué haces. Y no es quiera meterme en tus cosas, pero es que un día nos va a dar un disgusto, ¡leñe!, que está muy mayor, y ya no está “pa” vivir sola. Así que, quedas avisado, ¡eh!

Y Carlos, mi padre, desconcertado: que gracias, Gatica, por la información y por el consejo. Que a eso venimos, ¡velahí!, a intentar llevarla con nosotros a la capital.

Pasamos primero por la Cicutina pero, efectivamente, ya no se encontraba allí. De modo que marchamos a Vallongo donde tampoco estaba. Por fin, después de una intensa búsqueda, logramos encontrarla en otra zona aún más peligrosa: la abrupta, escabrosa y salvaje zona de “La Jarrina”.

La intrépida abuelita se hallaba junto a Nicolasa en lo alto de unos peñascos. La cabra pastando y la abuela cogiendo ¿hierbas?, sin importarle un bledo el peligro que corría, teniendo en cuenta la peligrosidad del lugar y su avanzada edad. Parecía imposible que la abuela pudiera encaramarse allí.

Mientras nos acercábamos donde se encontraban ambas, a través de un terreno cubierto de maleza e intransitable, dos nutrias nos observaban atentamente con las patas delanteras levantadas. Por encima de ellas, bajo un límpido cielo azul, sobrevolaba un águila perdiguera y una bandada de vencejos reales. Tras una peña de uno de los cerros cercanos, el zorro acechaba una presunta presa, que tuvo que abandonar al vernos. Unos metros más allá, entre unos arbustos, una solitaria cigüeña negra picoteaba el suelo en busca de lombrices, reptiles, caracoles, gusanos, insectos ratones, incluso algún pajarito caído del nido.

Cuando llegamos a casa, ya entrada la tarde, la abuela, enfadada con su hijo por haber tirado los melones a la basura, le recriminó diciendo que por qué le tiraba los melones, que, ¡qué gracia! Que con los que estaban pasados no, pero que con los otros pensaba hacer un potingue de los suyos.

Luego sentados en la mesa, ya más calmada la abuela, y ante una comida improvisada, papá le preguntó:

- ¿Qué tal estás, mamá?

-Muy bien, ¿no lo ves? ¿Acaso no he venido desde la Jarrina al paso vuestro, y todavía me han quedado fuerzas para hacer la comida?

-Sí, ya veo, -acepto papá. - Pero no puedes andar, por esos andurriales tan peligrosos para todos y más para quien tiene tantos años como tú.

-Qué importa que tenga muchos años, aún me encuentro ágil y tengo buena salud. En cuanto al peligro, nunca se sabe. Como reza el dicho fermosellano: *donde quiera está la Jarrina*, ¡ya lo sabes! También puedo caerme por la escalera y matarme sin salir de casa. ¡No te amuela!

Papá llevaba tiempo insistiendo que fuera a vivir con nosotros, pero ella se negaba rotundamente, alegando que todavía podía cuidarse ella solita, que estaba mejor que nunca, incluso mejor que él, que su salud era perfecta y que no le gustaba la ciudad.

A últimos de noviembre, con los primeros hielos, la abuela no tuvo más remedio que dejar el pueblo e irse a vivir con nosotros a la ciudad. Estaba sentada frente al balcón con la mirada perdida en ninguna parte, con ojos acuosos, cuando fuimos a buscarla. Un par de lágrimas resbalaban por sus mejillas. Papá se acercó a ella, le puso la mano suave y cariñosamente en su huesudo hombro y susurró:

-Madre, vámonos que se hace tarde.

La abuela no contestó. Yo me puse a su lado, enjuagué sus lágrimas con un pañuelo, le cogí de la mano y susurré al oído:

-Vamos abuela. No te preocupes, que vas a estar bien. Además, podrás venir de vez en cuando a Fermoselle.

Me miró abriendo mucho los ojos, con expresión ausente. Luego, volviéndose hacia su hijo, exclamó:

- ¡Pobre Carlitos, por poco se me ahoga! El suelo estaba mojado con el agua que *abantó* de la pila, resbaló y...Culpa mía, que no tuve cuidado.

-Madre, olvídalo, no te martirices; afortunadamente se salvó. Y no es Carlitos quien cayó al pozo y quien está a tu lado, sino Gero.

Fue muy duro para la abuela renunciar al terruño fermosellano que tanto amaba y al que tan apegada estaba. A esto había que añadir la muerte de su querida compañera Nicolasa, fallecida hacía pocas semanas, de la cual aún no se había repuesto.



Recogimos todo lo que necesitaba llevar, mientras la abuela recorría la casa con mirada triste y cansada.

Luego, en la calle, ensimismada y absorta, echó una última mirada a la fachada.

Dio un largo y profundo suspiro, entregó la llave a papá y exclamó:

- ¡Apecha la puerta y vámonos!

Murió pocos meses después, a finales de la década de los sesenta o principios de los setenta del pasado siglo, en la casa-convento de las Hermanitas de la Caridad de Jaén, junto a su hija Sor Luscinda.